

# LAS RAPACES EN LA NATURALEZA Y EN LA HISTORIA\*

por

Alvaro Torres-Barreto

## Resumen

Torres-Barreto, A.: Las rapaces en la naturaleza y en la historia. Rev. Acad. Colomb. Cien 18 (68); 7-14, 1991. ISSN 0370-3908.

Se proporciona datos acerca de la taxonomía, la distribución geográfica y el comportamiento de las rapaces (Falconiformes), destacando como desde la más remota antigüedad, y en todas las culturas, estas aves han sido consideradas como símbolo de grandeza.

## Abstract

Taxonomy, geographical distribution and behavior of Falconidae in Colombia are discussed. Their cultural significance as symbols of power is also presented.

Ocupando la cúspide filogenética de su clase —la de las aves— se encuentran las Falconiformes o aves de presa llamadas también rapaces. Sin los brillantes y llamativos colores de muchísimas especies que siempre han cautivado al hombre con su belleza, ni tampoco dotadas con los atributos de una voz armoniosa, las aves de presa tienen para quienes las conocemos y estudiamos, algo tan imponente y majestuoso, que la humanidad desde los tiempos prehistóricos las han reconocido en todas las culturas importantes, escogiéndolas como símbolo de grandeza, poder y sobre todo de divinidad.

Precisamente para conocer un poco mejor a las aves de presa en el aspecto de sus hábitats naturales y distribución en el planeta, lo mismo que sobre particularidades poco conocidas e interesan-

tes de algunas de ellas, lo cual puede contribuir a verlas con buenos ojos y no como indeseables, he escogido el tema de las rapaces en la naturaleza y en la historia, para disertar en esta memorable y honrosísima ocasión.

Actualmente hay clasificadas 287 especies de rapaces en el planeta que constituyen el orden ornitológico de las Falconiformes, de las cuales 74 se han registrado en Colombia aunque Steven L. Hilty y William L. Brown —no Leslie Brown, a quien cito varias veces en el curso de esta disertación y sin duda una de las primeras autoridades que han existido en rapaces— en su libro —el de Hilty y William Brown— “A guide to the Birds of Colombia” —Princeton University Press 1986— elevan este número de especies a 75 al suponer —sin haberse registrado— que existe en Colombia *Micrastur buckleyi* —una falconidae de selva—.

Todas las Falconiformes son diurnas, aunque algunas tienen su mayor actividad durante el cre-

\* Discurso de fondo pronunciado en el recinto de la Academia Colombiana el 25 de abril de 1990 en sesión pública y solemne, con ocasión de su posesión como individuo de número de la Corporación.

púsculo tanto matutino como vespertino. Las Falconiformes están clasificadas en cinco familias: Cathartidae, Accipitridae, Falconidae, Pandionidae y Sagittariidae. Las dos últimas con la particularidad de ser unas familias con un solo género y una sola especie.

Las rapaces más antiguas son las de la superfamilia Neocathartidae, de la cual tan solo se conoce como fósil, el *Neocathartes grallaria* su único representante y el cual no podía volar. Luego está la superfamilia Cathartoidae con dos familias: Cathartidae, a la cual pertenecen las rapaceas carroñeras del Nuevo Mundo o sea los cóndores, gualas, el rey de los gallinazos y el gallinazo o chulo y la familia Teratornitidae, de la cual únicamente se conoce un fósil: *Teratornis gigans* un ave enorme que era el doble de grande del actual cóndor de los Andes.

La familia Cathartidae, solamente se encuentra en el Nuevo Mundo, tiene unas características especiales que la diferencian de las otras rapaces. No tiene tabique nasal, de manera que se ve la luz de uno a otro orificio respiratorio. Sus bulbos olfatorios están muy desarrollados, indicando como el olfato es un medio importante para localizar su alimento, lo cual se comprueba con el hecho ampliamente conocido en nuestro medio rural, de que los gallinazos detectan cadáveres escondidos entre la vegetación o en lugares donde es imposible su localización visual.

Las Cathartidae no construyen nido y sus extremidades inferiores no terminan en garras sino en patas semejantes a las de las gallinas. La película interna del cascarón de sus huevos tiene color amarillento. De los 5 géneros con 7 especies de las Cathartidae, en Colombia están presentes 4 con 16 especies, faltando únicamente el cóndor de California, una de las rapaces al borde de la extinción.

La segunda familia de las Falconiformes es la Accipitridae que constituye el más numeroso grupo dentro del Orden. Tiene 220 especies clasificadas en el mundo, de las cuales hay registradas en Colombia 50 entre locales y migratorias. Los huevos de las aves de esta familia tienen la película interna del cascarón de un color verdoso. Todas construyen nido y proyectan sus deyecciones, excepto los "quebrantahuesos" y algunas comedoras de serpientes (Leslie Brown).

Pero personalmente he comprobado con 5 ejemplares de *Gampsonyx swainsoni*, género hasta hace poco ubicado en la Familia Falconidae, que esta especie tampoco los proyecta, estimo por lo tanto sería de utilidad comprobar su verdadera posición taxonómica.

La familia Pandionidae está constituida por un género y una sola especie cosmopolita: *Pandion haliaetus*. Fue considerada mucho tiempo como

Accipitridae, pero particularidades anatómicas excepcionales dentro del Orden fueron la razón para constituir con ella una familia aparte. Dichas particularidades son: que los orificios nasales pueden cerrarse a voluntad y que el dedo externo es reversible cuando agarra a su presa —peces— quedando como en las aves zigodáctilas con dos dedos hacia adelante y dos hacia atrás. También la apófisis supraorbitaria no es tan prominente como en el resto de las rapaces y los ojos están situados más adelante que en cualquiera de las Falconiformes. Estas particularidades anatómicas dependen de su régimen alimenticio que en un 99% está constituido por peces, que ella misma pesca, siendo la única rapaz que puede sumergirse, facilitando la reversión del dedo la aprehensión de la resbalosa presa, complementada con la modificación de las escamas plantares, que son de forma cónica como espinas, características que también posee una Accipitridae colombiana *Busarellus nigricollis*, propia de pantanos y manglares, que también come peces.

Como se ve en las rapaces altamente especializadas en su dieta, hay particularidad anatómicas muy funcionales que favorecen su supervivencia, como es el caso de las que se alimentan básicamente de caracoles como *Condrohierax*, *Helicolestes* y *Rosthramus* cuyos picos son delgados y fuertemente ganchudos, especialmente conformados para extraer la parte blanda de los caracoles de su concha, o el de *Machaeramphus alcinus* una Accipitridae del Africa Ecuatorial, incluidas Madagascar, el sudeste asiático —Malaca, Sumatra, Java y hacia el oriente hasta Nueva Guinea— especializada en la caza de murciélagos. Es la única rapaz con la parte maxilar del pico como una quilla y en conjunto bastante corto, fauces muy amplias, como las de una chotacabra, dedos larguísimos y delgados como de halcón y las alas comparables a las de esas mismas aves.

En la familia Accipitridae el género *Accipiter* es el que tiene mayor número de especies —47— que se encuentran en todos los continentes y climas, tanto de la zona templada como de la tropical. Las aves de este género son los verdaderos gavilanes y en Colombia se han registrado 6 especies, cinco nativas y una migratoria ocasional —*Accipiter cooperi*—. Las mayores rapaces no carroñeras pertenecen a esta familia y son: en primer lugar el águila arpía —*Harpia harpyja*— la más poderosa de las aves de presa, exclusiva de la selva húmeda del Neotrópico y cuya dispersión geográfica va desde el sur de México hasta el norte de la Argentina, y el águila comedora de monos de Filipinas, *Pitecophaga jefferi*, una de las rapaces en más grave peligro de extinción.

La familia Sagittariidae con un sólo género y una especie: *Sagittarius serpentarius* es una extraña ave que únicamente se encuentra en las sabanas tropicales de Africa y no puede dejar de mencionarse. Es un ave de tarsos muy largos, como los de una zancuda, de talla grande —alcanza hasta un metro

de alto— y su figura extraña con una cresta de plumas que cuando la levanta semeja una melena. Por su permanente ir y venir buscando insectos y pequeños vertebrados ha sido llamada pájaro “secretario” y también “serpentario” porque igualmente se alimenta de serpientes.

La familia Falconidae, cuyo género *Falco* con 37 especies —en todo el globo— incluye los verdaderos halcones; también está distribuida en las diversas regiones del planeta; inclusive en el ártico y vecindades de la Antártida. En el septentrión, ya en la tundra ártica, están los territorios del gerifalte *Falco rusticolus*, el más grande de los halcones y que en la Edad Media fue el más apreciado y único permitido como ave de cetrería para la realeza y lo más encumbrado de la nobleza. También en esta fría zona vive el *Falco peregrinus* o halcón peregrino, una de cuyas razas o subespecies *Falco peregrinus cassini* habita el sur de nuestro continente, casi hasta los lindes con la Antártida, migrando hacia el norte en el invierno austral, habiendo sido registrado en el departamento del Cauca (Lehman).

La familia Falconidae tiene 60 especies en todo el planeta de las cuales hay registradas 17 en Colombia. Dos de ellas son migratorias: *Falco peregrinus anatum*, la subespecie norteamericana del halcón peregrino, conocido por los cazadores de escopeta como halcón “patero”, y *Falco columbarius columbarius*, llamado halcón palomero y aguililla real. En los últimos 15 años la presencia de estos dos halcones en nuestra tierra, que antes era frecuente desde octubre hasta marzo, es rara. Del género *Falco* han sido registradas en Colombia 6 especies incluyendo las migratorias.

Como carácter fundamental en la clasificación de las Falconidae hay uno común a todas ellas: que la película interna del cascarón de los huevos es de color rojizo (Brown) y mudan las plumas de vuelo en forma ascendente y simétrica o sea que la muda se inicia por las plumas de las alas que están más cerca del cuerpo y va ascendiendo hacia el extremo del ala, con la particularidad que he podido comprobar en especímenes de *Falco sparverius* —cernícalo— *Falco ruficularis*, *Falco femoralis* y en un ejemplar de *Falco peregrinus anatum*, que en breve término después de la caída de la pluma de un ala, bien sea porque se desprende espontáneamente, o porque el ave se la arranca, se presenta la muda de la pluma correspondiente del ala opuesta, también espontáneamente o por arrancamiento, lo cual es lo más frecuente. En este caso el ave toma la pluma con el pico en la parte del cañón muy próxima a la implantación, de modo que la porción terminal del cañón queda maltratada o mejor dicho aplastada. En cambio las rapaces de la familia Accipitridae observadas por mí durante la muda, no cambian el plumaje de vuelo simétricamente ni en forma constante o generalizada, pues la mayoría de las que he observado lo hacen mudando desordenadamente y hasta dos o tres plumas de un ala antes de perder una del ala opuesta y tampoco en forma ascenden-

te, pudiendo —que es lo más frecuente— caerse o arrancarse una rémige secundaria y luego una de las primarias cercanas a la extremidad del ala y sin la menor simetría en casi todos los casos.

Todos los halcones —diversas especies del género *Falco*— tienen una actitud característica, la cual asumen cuando algo los sorprende o extraña y que consiste en subir y bajar la cabeza. Todos tienen el iris oscuro y a cada lado, cerca a la punta del pico poseen una saliente más o menos pronunciada. Según Brown —1976— el análisis electrónico de las proteínas del huevo en las Falconidae, muestra diferencias con las de otras familias del Orden, aunque a simple vista no parezcan existir. Las diferencias entre los diversos géneros de la familia Falconidae son en términos generales muy grandes, tanto, que para quien no está informado parece imposible que sean de la misma familia un halcón y un “carraco” o “guaraguao”.

El género *Daptrius* de la familia Falconidae, es notable porque sus dos especies, *D. ater* y *D. americanus* —ambas presentes en Colombia— comen frutos de algunas palmas, especialmente del género *Mauritia*, conocidas como “morihe”.

El científico, doctor Jesús M. Idrobo observó una curiosa simbiosis entre una de las dos especies de *Daptrius* y la danta de los Llanos Orientales *Tapirus terrestris*. Vio hace años en la Sierra de la Macarena, antes que fuera desvirtuada por la colonización, que la danta tiene como acompañante permanente un *Daptrius* que le quita los parásitos de la piel —garrapatas— y cuando algo o alguien que pueda entrañar peligro para el mamífero es percibido por el ave, esta lo alerta con sus gritos.

*Daptrius americanus* tiene especial predilección por las larvas de avispa, cuyas colmenas saquea rompiendo la dura y acartonada estructura con el pico y las garras, introduciendo la cabeza por los huecos que le hace al avispero. A. Skutch en su obra “Animal Kingdom” describe minuciosamente el proceso observado en la Guayana Inglesa.

En la familia Falconidae hay algunas especies cuya dieta está altamente constituida por carroña, como es el caso del llamado garrapatero —*Milvago chima chima*— tan común en todos nuestros climas cálidos, conocido como pichilingo en el llano. Lo mismo acontece con el “carraco” o “guaraguao” —*Polyborus plancus*—; esta ave hoy únicamente se encuentra en clima cálido, pero formó parte de la avifauna de la Sabana de Bogotá hasta finales de la década de los 20, sobre todo en la zona norte de Subachoque, en donde anidaba en eucaliptos altos. Solía alimentarse de insectos y sus larvas en los barbechos y potreros encharcados, pero fue exterminada, pues por falta de presas silvestres solía atacar a las aves domésticas, especialmente a los pollitos. Respecto al “carraco” hay una fabulosa leyenda popular muy arraigada, que sostiene que este puede cruzarse con gallinas de riña, y que de esa unión sale un ejemplar invencible.

*Herpethotes cachinans* conocido por el vulgo como "guaco", debido a su grito que parece decir esa palabra, es una falconidae exclusivamente de selvas cálidas del neotrópico. Su base alimentaria son las serpientes, inclusive de tamaño desproporcionadamente grande para la talla de la rapaz.

Esta tiene una particularidad hasta ahora solamente señalada por quien esto escribe: su cabeza es tan grande como la de *Buteo albicaudatus*, águila cuyo tamaño es más del doble del "guaco", comprobación hecha al encontrar que el capirote o caperuza, que es una cubierta de cuero usada en cetrería y que se le pone a las rapaces en la cabeza, la adecuada para *Herpethotes* es la misma que la de *B. albicaudatus*. Esta particularidad de una cabeza muy grande es funcional puesto que confiere una gran fortaleza a la musculatura que actúa sobre el pico, permitiéndole desgarrar la durísima piel de los réptiles, pues la fuerza que el ave tiene en el pico es increíble.

Otro género de la familia Falconidae exclusivo de la selva húmeda tropical americana es *Micrastur*, con 6 especies, cinco de las cuales han sido registradas en Colombia. Los *Micrastur*, llamados también halcones de selva, son formidables cazadores y suelen permanecer en los estratos bajos de la selva y no es raro que persigan sus presas —especialmente aves y lagartos— corriendo rápidamente por el suelo. Su figura con silueta reptiloide recuerda el ancestro evolutivo de las aves.

Conocidas las familias que integran el Orden de las Falconiformes y las particularidades de algunas de ellas, es útil hacer referencia a su presencia en la naturaleza o sea sus diversos hábitats, lo que permite señalar su existencia en todos los ecosistemas del planeta a excepción de los polos.

En primer lugar, para el estudioso de las rapaces salta a la vista que hay especies con un hábitat muy definido, que son mucho menos numerosas que las que no son tan selectivas y viven en diversos medios y aprovechan distintos ambientes. Las hay que únicamente viven en terrenos abiertos y despejados, como es el caso de los halcones, y la mayoría de las que localizan sus presas explorando el terreno desde las alturas en vuelo velero. Las que son exclusivamente selváticas y solamente habitan en territorios cubiertos de bosque o selva; otras son propias de terrenos pantanosos y de las inmediaciones de lagunas, ríos y esteros, lo mismo que en las costas y en el trópico en manglares.

Pero la única que exclusivamente depende del medio acuático, debido a su régimen ictiófago, es el águila pescadora —*Pandion haliaetus*—, ya mencionada. Esta águila es cosmopolita y migratoria. Su presencia en Colombia es constante entre octubre y abril, llegando desde los Estados Unidos de Norte América hasta Argentina y Uruguay —de Schuanssee, (1970), pero Dugand (1947) dice haberla visto en la Costa Atlántica colombiana en junio, julio

y agosto. Según Leslie Brown, son 25 las especies de rapaces que habitan humedales, incluidos manglares, riberas de costas y ríos. De las rapaces colombianas unas 8 tienen esta preferencia, pero según mis personales observaciones la presencia de aves de presa es más frecuente donde hay agua cerca.

Dentro de los diversos hábitats el más apropiado para las rapaces es la sabana tropical, que tanto en Africa como en América del Sur y Australia tienen en total una superficie próxima a los 30 millones de kilómetros cuadrados y alberga 112 especies. Es importante señalar que la acción del hombre sobre la naturaleza modifica el medio, como sucede en Colombia con la deforestación, lo cual es una gravísima amenaza para especies animales selváticas como las rapaces, tal vez las más afectadas, siendo un fenómeno común a todos los países subdesarrollados en la zona tropical.

En nuestra tierra la acción deforestadora ha modificado grandes extensiones que de selva pasaron a ser sabanas, como acontece en buena parte del Magdalena Medio, Urabá, Bajo Cauca, etc., donde junto con la selva desapareció la fauna silvestre propia de dicho hábitat, y en el caso particular de las rapaces, las de sabana ocuparon esos territorios modificados. Así tenemos que el cernícalo —*Falco sparverius*—, el águila colorada —*Heterospizias meridionalis*—, el águila de cola blanca —*Buteo albicaudatus*—, lo mismo que el carraco y el garrapatero, se encuentran hoy en estas regiones que antes fueron selvas.

Hay muchísimas rapaces que pueden vivir en diversos hábitats como son la selva, el bosque seco tropical, la planicie con matorrales espaciados como los llanos del Tolima, o la clásica sabana, o los lindes de esta con la selva, como sucede con *Buteo magnirostris*, conocido como aguililla o gavilán pollero.

Las especies con esta amplia capacidad de adaptación se encuentran con respecto a las otras en gran ventaja de supervivencia, tanto que esta especie —*Buteo magnirostris*— es una de las rapaces más comunes en los climas medios y cálidos de Colombia. En cambio, las que únicamente pueden vivir en determinado hábitat, como las exclusivamente selváticas de la zona tórrida, cada día están más amenazadas de extinción por el proceso de deforestación ya señalado.

Las rapaces, por ser excelentes voladoras; fuera de las migraciones continentales que anualmente hacen las especies que eluden el invierno en la zona templada, aquellas que son sedentarias realizan desplazamientos locales cuando las condiciones del medio por modificación del mismo o por escasez de presas, se hacen inapropiadas en su territorio original, viajando a otro similar con mejores posibilidades, como acontece cuando se tala selva, se hacen desecaciones o se producen inundaciones por

circunstancias naturales o provocadas, como en el caso de embalses para hidroeléctricas u otros usos.

En la selva tropical húmeda las aves de presa propias de dicho hábitat se ubican en los diversos estratos o alturas de la floresta. En la parte más alta de las selvas americanas se encuentran las grandes águilas como la arpía —*Harpia arpia*— y la miguera —*Morphnus guianensis*— y otras más pequeñas aun como *Spizaetus ornatus*, *S. tyrannus* y la hermosa y rarísima *Spizastur melanoleucus*. Más bajo están otras predatoras más pequeñas como *Leucopternis*, *Condohierax*, y *Accipiter*, y en el estrato inferior los halcones de bosque o *Micrastur*, cuya preferencia por lo más intrincado y espeso han hecho que poco se sepa de ellos.

Volviendo a la Sabana Tropical, como el más apropiado de los hábitats para las rapaces, es interesante destacar que los géneros con mayor número de especies, como *Buteo* —con 26—, once de ellas habitan el territorio abierto. Del género *Accipiter*, o sea los verdaderos gavilanes, no obstante que son propios de medios boscosos en todo el planeta, 10 de las 47 especies del género en todo el mundo, prefieren la sabana con arbolado, según Brown (1976), cuyo autorizado concepto se basa en observaciones hechas en Africa, India, Australia y Guayana Británica.

En nuestros Llanos Orientales se encuentra una de las 5 especies de *Accipiter* registradas en Colombia —*Accipiter superciliosus*—. Tampoco puede pasarse por alto que de las 37 especies del género *Falco* en el mundo, 23 se encuentran en la Sabana Tropical, y de las 6 especies de halcones registradas en Colombia, todas pueden verse en la Orinoquia desde octubre hasta marzo, pues hay dos migratorias.

Es interesante referirse a un hecho que puede haber visto quien haya recorrido los Llanos Orientales en la época de verano o estación seca, y es que cuando queman los pajonales de la sabana, tan pronto se percibe el humo de la quema acuden aves de presa. En primer lugar el águila colorada *Heterospizias meridionalis*, para capturar los insectos que vuelan huyendo de la candela y que agarran en el aire no lejos del fuego, lo cual también hacen los cernícalos. Hace años observé que cuando pasó la quema y el suelo se enfrió, en un sector recién quemado había 5 especies diferentes de rapaces recorriendo el terreno, para devorar los cadáveres de pequeños vertebrados e insectos muertos por el fuego. Lo más interesante fue que no advertí enfrentamientos entre las diversas aves.

La selva tropical, casi siempre húmeda, excepto el bosque seco, alberga en todo el mundo 18 géneros, y en este hábitat están las 2 mayores rapaces del globo, a las cuales ya me he referido, pero también las más pequeñas de todo el orden: las del género *Microhierax* de la familia Falconidae. Este género tiene 5 especies, todas propias del sudeste

asiático, Filipinas y Borneo. Estas diminutas rapaces —15 a 17 centímetros de largo total— son insectívoras y cazan sobre las capas de la fronda, al estilo de los tiránidos que llamamos “mariposeros” en Colombia.

Dentro de las rapaces de la selva tropical se encuentran algunas de las más especializadas en su régimen alimentario, como es el caso de *Condohierax uncinatus*, un milano que se alimenta principalmente de caracoles arborícolas. Esta especie neotropical se encuentra en Colombia. También una pequeña águila de Madagascar —*Eutriorchis astur*— comedora de serpientes, que parece ya estar extinta, pues hace años no se registra, y el guaco —*Herpethotes cachinans*— del trópico americano, al cual ya me he referido. De los 18 géneros de rapaces de la selva tropical, la gran mayoría son muy poco conocidos en cuanto a su biología, ecología y comportamiento, debido a la gran dificultad que para su estudio y observación presenta este medio tan complicado.

Detectar estas rapaces para observarlas es muy difícil; mi experiencia personal con 7 especies colombianas estrictamente selváticas que tuve en cautiverio (*Spizastur melanoleucus*, 2 ejemplares; *Spizaetus ornatus*, 2 ejemplares; *Spizaetus tyrannus*, 1 ejemplar; *Oroaetus isidori*, 1 ejemplar; *Micrastur ruficollis*, 1 ejemplar; *Micrastur semitorquatus*, 1 ejemplar; *Herpethotes chachinans*, 1 ejemplar y *Leucopternis schistacea*, 1 ejemplar), me permitió establecer que su oído es agudísimo y que un ruido, aunque sea tan leve como el de la caída de una hoja las alerta, lo cual es muy explicable, porque en la espesura el ruido les permite detectar la posible presa que se acerca, o un potencial peligro, alertándolas para atacar o huir, lo cual hacen silenciosamente —huir—, sin que en la mayoría de los casos haya sido posible verlas, con la circunstancia de que la coloración de las rapaces las oculta miméticamente entre el follaje, donde suelen permanecer inmóviles.

Hay rapaces que pueden considerarse tanto selváticas como de sabana. Tal es el caso del “rey de los gallinazos” —*Sarcoramphus papa*—, aunque debe tenerse por selvático, por haberse comprobado que cría en la selva.

Dentro de los verdaderos halcones —género *Falco*—, el halcón murcielaguero —*Falco rufifularis*— que caza murciélagos tanto en el crepúsculo matutino como en el vespertino, es una especie que aunque se encuentra en la Orinoquia, también es frecuente en la Amazonia cazando sobre la selva, playones, ríos y lagunas. De todas maneras es mucho más fácil que una rapaz de selva incursione en la sabana, que lo contrario. Tanto así, que en la selva de Galería —la que bordea los cursos de agua en la sabana tropical— se encuentran casi todas las rapaces propias de la selva.

Para completar esta reseña sobre las rapaces que ocupan los diversos hábitats en el globo y espe-

cialmente en Colombia, es indispensable referirse al páramo, un ecosistema que únicamente se encuentra a nivel mundial en una pequeña fracción de Costa Rica y en los países Grancolombianos. En Venezuela en muchísima menor proporción que en Colombia, donde hay alrededor de 25.000 kms<sup>2</sup>, y en Ecuador, tan solo en el norte.

En el páramo bajo —3.000 a 3.200 m.s.n.m.— se encuentran el *Accipiter striatus* y ocasionalmente *Falco sparverius*, pero en el alto páramo, o sea el que llega hasta las nieves perpetuas, fuera del cóndor, la única rapaz propia de este medio, es el águila real de páramo —*Geranoaetus melanoleucus*— que desde luego se encuentra a altitudes mucho menores y cuya dispersión geográfica alcanza hasta Chile y Argentina. El águila pescadora durante su permanencia migratoria ha sido vista en la laguna de Chingaza y en el embalse de Chuza. Las otras rapaces que en Suramérica se encuentran en alturas superiores a 3.000 m.s.n.m. son las gualas —*Cathartes aura*— que he registrado a 3.400 mts en el páramo de Chingaza, en forma permanente. De las 4 especies del género *Falcobaenus* —familia Falconidae— solamente *Falcobaenus carunculatus* se encuentra en Colombia en los páramos del suroeste del país, y un águila del género *Buteo* —*Buteo ptilochrous*— también de las alturas suroccidentales en Nariño y parecida al águila real de páramo. En esto de registro de rapaces en los páramos, ocasional y raramente pueden verse más especies inclusive de pisos térmicos mucho más bajos, pero un número tan reducido de observaciones deben evaluarse como casos aislados y no como una constante.

El hábitat urbano para las rapaces tiene especial importancia para las carroñeras en la zona tórrida. En Asia y Africa la presencia de buitres, y en América tropical la de gallinazos, es constante en casi todas las ciudades tropicales y sus inmediaciones (Brown 1976). La desgarrada figura del chulo cuando está en tierra es familiar a los habitantes de ciudades y poblados del neotrópico. En Bogotá y Medellín, antes de implantarse el tecnificado sistema de depósito sanitario de basuras, los gallinazos formaban concentraciones importantes. En el basurero de El Cortijo —noroccidente de Bogotá— según mis estimativos había unos 800 ejemplares, al paso que en el resto de la sabana era, y es ahora raro ver con frecuencia estas aves.

Conocidos los diferentes hábitats de las Falconiformes en la Tierra, se ve claramente que los integrantes de este Orden ocupan todos los ambientes terrestres —excepto los polos— sean continentales o insulares, menos en algunas islas del Caribe y el Pacífico Sur. La presencia de las rapaces en los diversos ecosistemas significa un importante factor de equilibrio biológico, lo cual ha sido entendido por la ciencia moderna hasta el punto de que las aves de presa en casi toda Europa, Estados Unidos, Canadá, Australia y algunos países africanos y asiáticos están celosamente protegidas.

El tema de las aves de presa como símbolo en la historia de la humanidad y su presencia constante en la mitología y en creencias religiosas, lo mismo que su figuración en el arte y en la numismática son tan copiosas que darían para una larga disquisición. No obstante, me limitaré a una somera reseña tendiente a resaltar cómo desde los más remotos tiempos y las más antiguas e importantes civilizaciones, las rapaces han merecido el respeto y veneración de los pueblos. El águila, el halcón y el buitre han estado ligados a las esculturas más antiguas, inclusive las que se perdieron en la noche de los tiempos.

En casi todas las civilizaciones de la antigüedad, lo mismo que la maya, la tolteca y azteca e incaica, la presencia de rapaces siempre estuvo acompañada de una motivación mítico-religiosa, en la que el ave de presa era mensajera de la divinidad, que en el caso de los Incas veneraron un semidios tonante o “tronador” con figura humana, pico ganchudo y alas. En términos generales todos los pueblos andinos aborígenes veneraron al cóndor como emisario de la divinidad, curiosa coincidencia con otras culturas del Antiguo Mundo.

Las civilizaciones más antiguas del Medio Oriente, valga decir sumeria, babilónica y asiria, cuyo florecimiento se remonta a varios milenios A.C., vieron en águilas y buitres la materialización de la divinidad, cuyo testimonio irrefutable son las maravillosas esculturas y altos y bajos relieves, que los arqueólogos a partir del siglo XIX comenzaron a descubrir. Pero indudablemente la concepción de la divinidad materializada en aves de presa con más énfasis está entre los antiguos egipcios, con Horus, el dios halcón e Isis la diosa con figura humana y cabeza de águila que recuerda la divinidad incaica ya mencionada.

El águila en la mitología griega está vinculada a Zeus o Júpiter, tonate de los romanos, y ella —el águila— fue considerada la dispensadora de la luz, la dicha y la fertilidad. También fue el águila a quien destinó Zeus para castigar a Prometeo por haberse robado el fuego para traerlo a la Tierra. Este personaje encadenado, de día era presa del águila que le devoraba las entrañas que durante la noche se regeneraban para seguir alimentándola, hasta que Heracles mató el águila a flechazos. Los romanos también atribuyeron al águila poderes sobrenaturales, y ella simbolizó el poderío militar del imperio, encabezando su imagen las legiones. En la mitología Indú, el águila Garuda era la cabalgadura de Vishnú. Pero tal vez uno de los mitos más fantásticos e interesantes es el del Ave Fénix, una enorme águila de bellísimo plumaje en el cual alternaban el rojo fuego, el azul claro, el púrpura y el oro. Vivía en Etiopía y tenía la facultad de renacer de sus cenizas, pues cuando envejecía, construía un gran nido con yerbas aromáticas, le prendía fuego y al consumirse, resurgía regenerada en todo su esplendor y belleza.



Figura 1. Representación del águila devorando las entrañas de Prometeo. Cerámica de la antigua Grecia.

El águila bicéfala se originó en el Imperio Bizantino, para representar el nominal dominio sobre oriente y occidente, y en las cruzadas Constantino —la antigua Bizancio— la adoptó como su emblema. Posteriormente Austria, Hungría y los zares de Rusia heredaron este símbolo del Sacro Imperio Romano.

En el siglo XV los Reyes Católicos pusieron en su blasón el águila, porque es el símbolo de San Juan Evangelista, así como el león lo es de San Marcos y el toro y el ángel lo son de San Mateo y San Lucas. Como se ve, en el catolicismo también el águila ha tenido cabida simbólica, en este caso por San Juan, debido a la altura conceptual de su evangelio, comparable con la que se encumbra la reina de las aves, especialmente nuestra águila real de Páramo, que vuela sobre las nieves perpetuas de las más altas cimas de los Andes.

En la edad contemporánea, Napoleón Bonaparte retomó el águila como símbolo del Imperio. Coincidente con la universalidad simbólica del águila, es imposible pasar por alto que el Emperador Carlos V concedió a Tunja el águila bicéfala con leones y castillos como escudo de armas, y a Santa Fé de Bogotá como pieza principal de su blasón, un águila negra empuñando unas granadas. Por otra parte el Cóndor de los Andes hace parte de los símbolos patrios. De manera que aunque no se haya insistido sobre el tema, también en nuestra tierra las aves de presa tienen figuración simbólica tanto en la heráldica colonial como en la republicana.

Como ya se ha visto, las rapaces han tenido tanto en lo religioso como en lo mítico y heráldico un lugar de privilegio representado con maravillosos testimonios, que hoy, al cabo de milenios, asombran al mundo que en este siglo ha obtenido logros tan inverosímiles como los mitos de la antigüedad. Por lo tanto es indispensable hacer una brevísima reseña de la figuración de las Falconiformes en la literatura, el arte y la numismática en

nuestra era, porque ya pasó la época que alimentó las fantasías mitológicas.

La cetrería o arte de la caza con aves de presa que desde remotísima antigüedad ha tenido vigencia, y que hasta la Revolución Francesa tuvo mucho auge en Europa y aún lo tiene en el mundo de la aristocracia árabe, determinó que sus principales protagonistas, las rapaces cazadoras y sus dueños, pertenecieran a lo más significativo e importante de la sociedad. Esto explica por qué para el conocimiento y el desarrollo del arte cetrero se hayan escrito muchísimos tratados en 24 lenguas diferentes —incluidas las orientales—, valiendo señalar que personajes tan importantes y universalmente conocidos como el Emperador Federico II de Honestaufen y San Alberto Magno, bajo el seudónimo de Rey Dancus, escribieron sobre el tema. El libro del Emperador Federico II "De Arte Venandi cum Avibus", uno de los clásicos más importantes de la halconería, afortunadamente traducido al inglés, aún tiene vigencia para los que practicamos ese arte.

También los altos exponentes de la cultura árabe, indostaní, japonesa y china escribieron sobre esta materia, y hasta los dos colosos de las letras españolas e inglesas hicieron alusión a la cetrería, pues Cervantes se refiere en el Quijote —Capítulo XXX de la segunda parte— al encuentro del personaje con el duque y la duquesa que andaban en una partida de altanería, la más sofisticada forma de halconería, y Shakespeare en "Romeo y Julieta" por sus reflexiones sobre el noble arte parece mucho más versado al respecto.

En cuanto a la plástica, como ya se dijo, la importancia que tuvieron por sus implicaciones religiosas las aves de presa antes de Cristo es inútil recalcarla.

En el arte medioeval y renacentista, y especialmente en este último, las escenas de cetrería y los halcones, azores y gavilanes como elemento complementario para reforzar la fidelidad de la imagen de los personajes en el retratismo es algo muy común, hecho que se prolonga hasta finales del Si-

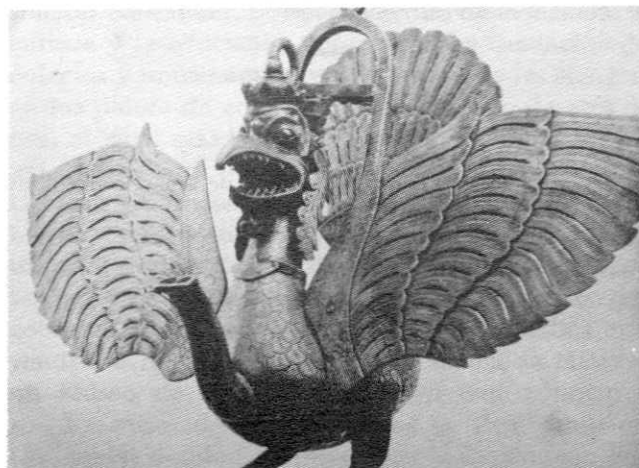


Figura 2. Jarra de la Cultura Indú (Siglo XVII) representando el águila garuda.

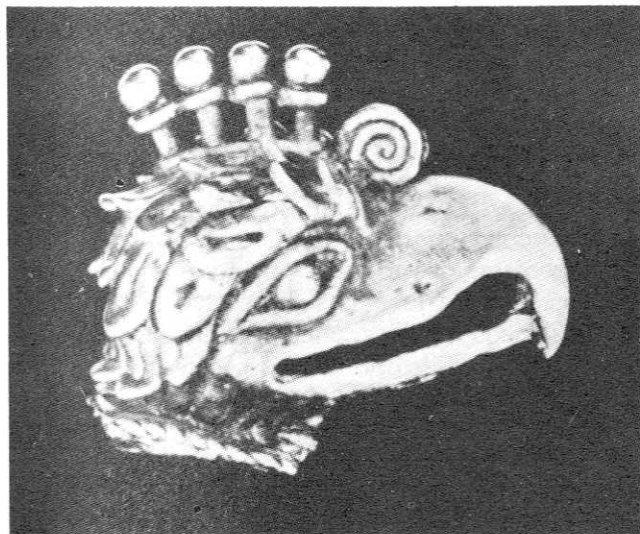


Figura 3. Cabeza de Oro de un águila. Cultura Tairona.

glo XVIII, apareciendo frecuentemente los retratados con su ave de caza en el puño, costumbre extendida en Inglaterra hasta principios del Siglo XIX.

En la iconografía cinegética de esa misma época no es rara la representación de partidas de cetrería, lo mismo que de otras modalidades de caza.

En cuanto a la numismática, desde antes de la era cristiana se conocen monedas de la época de Alejandro Magno con aves de cetrería en el puño. Posteriormente en la Edad Media —Siglo XIII—, el Emperador Federico de Hohestaufen acuñó monedas con motivos de cetrería.

Después, en los Siglos XVII y XVIII, especialmente en este último, no fueron raras las monedas alemanas con motivos de aves de presa.

En el siglo pasado y principios del presente tanto en Colombia como en Estados Unidos circularon las famosas monedas de oro llamadas águilas, por estar en ellas la imagen de la reina de las aves, monedas de uso corriente en transacciones comerciales, sobre todo de ganadería.

Entre los nebulosos recuerdos de mi primera infancia aún tengo presente las monedas de oro, hoy una fabulosa remembranza de nuestro peso oro, cuyo valor adquisitivo se pierde cada día más, sumergido en el insondable abismo de la devaluación, así como nuestras rapaces están en vísperas de correr una suerte similar: peligran como especies amenazadas de extinción.



ARMAS DE  
SANTAFE DE BOGOTA



ARMAS DE LA VILLA DE HONDA

Figura 4. Escudos de armas concedidos por Carlos V a las ciudades de Bogotá y Honda.